

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Arco San Pablo, 8, 1.º

 Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 peseta
 Suscripción: España un trimestre. 1'00
 Extranjero . . . 1'50

El actual momento

Después de un período de descanso, tanto, que parecía que el anarquismo estaba en decadencia como habían sostenido algunos, se vuelve a ver la agitación del pueblo contra la organización social en vigencia. De otra manera no podía suceder; la anarquía, como ideal filosófico, tiene una formidable cimentación, algo así como una roca en medio del Océano que continuamente desafia a la marea y, a pesar de los embates, ella siempre se siente tan fuerte, fuerte como el rugir del trueno anunciador del rayo que con su luz alumbraba las montañas.

La anarquía es la síntesis, podríamos decir, de toda la filosofía, de toda la ciencia, de todo el arte, de toda la vida.

Su filosofía analiza todos los problemas, aun aquellos que por su carácter parecen libres del estudio. Desde el microbio al hombre como desde el sol al más pequeño planeta.

Pero si la anarquía tuvo un poder formidable en la evolución de las sociedades, no fué sólo por su filosofía, fué también por su acción. Los primeros anarquistas sabían por la historia que las ideas, para hacerlas triunfar, hay que imponerlas, dado que el pensamiento nada valdría sin el músculo que le diera vida, así como éste estaría huérfano sin el primero y ninguno de los dos tendría fuerza para triunfar. La anarquía vivió por esa condición, porque unió el pensamiento a la acción, el cerebro al brazo.

Hubo ideas que no pasaron de la adolescencia, no porque les faltara una buena cimentación, sino porque les faltó nervio para darles vida.

Y tras cuarenta años que el anarquismo se paseó triunfante por el mundo, hoy parece en decadencia, no por su filosofía, no por su pensamiento, sino por el brazo. Parecía una decadencia del hombre, pero no fué tal. Simplemente una inversión de valores.

Esta inversión era lógica; quiso hablarse demasiado al cerebro y trajo como consecuencia que éstos se indigestaron. Bakounine señaló más de una vez ese peligro; hay que hablar a los pueblos según su psicología, su manera de ser, su moral propia y se hará obra fecunda y hermosa.

Muchos anarquistas que han hecho un exceso grande de desgaste cerebral se atrofiaron; otros, creyéndose caudillos, hacían propaganda especial para rebaños, y así sucesivamente el anarquismo fué decayendo en fuerza.

Al anarquismo han venido una infinidad de transfugas, literatueros que, con el propósito de adquirir un nombre, hicieron propaganda anarquista pensada, no sentida, y por eso mismo mala y de malos resultados. Luego se abandonó las causas, negáronse los efectos y todo trajo como consecuencia un abandono de la lucha.

Para ser anarquista se requiere cualidades que no tiene cualquiera para conocer todos los problemas humanos, estudiarlos y buscarles una solución; se requiere un gran cerebro, un corazón y una voluntad puestos a toda prueba, y que éste se haya liberado de todo el rutinismo con que viven la mayoría de los hombres; y entonces es fácil ser anarquista.

A pesar de todo hay un despertar, aunque nada más sea en el terreno de la lucha de clases, y en alguna parte se va más lejos.

Lo necesario es que si las causas de la decadencia del anarquismo ha sido una parte el abandono de la lucha con el pueblo, vuélvase a él para evitar que sirva de juego de los políticos y para preparar la revolución que destruya todo el andamiaje social y prepare la nueva sociedad que hará a los hombres libres, obrando de acuerdo con su psicología, gozando toda su libertad y disfrutando toda su vida.

ANTONIO LOREDO

Sobre la centralización

Me complace que al fin alguno haya pensado en la *proporción* que, según mi opinión, encierra la verdadera solución práctica (automática, podríamos decir) de las diferencias entre centralización y descentralización.

El problema no deja por esto de ser complicado, porque la proporción no es un término único que no cambia jamás. Quiero decir que para todo organismo es necesario un cierto *mínimum* de proporción para que sea *viabile*, y después, a ser posible, un grado más elevado de proporción para que este organismo sea duradero, progresivo, etcétera, en igual grado ó más que los demás.

No hay que pensar sino en las monstruosidades que no son viables, y en los seres humanos, algunos de los cuales son tan deformes que uno se extraña de verles vegetar a pesar de todo, por más que esto no es la verdadera vida.

Igualmente podemos ver en la sociedad tan gran número de instituciones que arrastran una vida penosa. Pero pensando en la sociedad futura dejamos a un lado estos residuos que, debidos á esfuerzos exteriores á ellos mismos, hacen una vida artificial, para pensar en los organismos vivientes y efectivos, y en que la *proporción* deberá ser la condición esencial de estos nuevos organismos.

Creo, por más que en detalle no lo he leído, que Fourier se ocupó mucho de buscar la proporción para un organismo productor y consumidor y que llegó á las falanges de 1.000 á 1.200 personas como pudiendo bastarse á sí mismas.

No es más que una hipótesis. Los ensayos de colonias comunistas que se han efectuado han demostrado que un número de hombres más restringido es demasiado pequeño y no es efectivo, ni siquiera viable. Por otro lado las grandes asociaciones de cooperación se presentan como organismos sin vida real, son estériles y sin interés; aquí el conjunto escapa por completo al individuo, mientras que en el grupo pequeño el conjunto está demasiado cerca de él y ve demasiado la tramoya de su funcionamiento.

Tomemos el ejemplo de la producción actual desde el punto de vista del que más interés tiene en esta producción, ó sea, el capitalista (mañana será el público). Si su establecimiento es demasiado pequeño, quedará absorbido por su industria, no conocerá otra cosa, resultará un ser mal proporcionado, clavado á su tienda. Si el establecimiento es de proporción conveniente, y sin permitirle vivir sin hacer nada no le absorbe por completo, no le irá del todo mal. Si el establecimiento es demasiado grande, ó bien dedicará á él todas sus fuerzas y se convertirá en su esclavo, ó el establecimiento no podrá llevarlo él solo y tendrá que verlo dirigido por gentes asalariadas más ó menos indiferentes, como lo son todas las sociedades por acciones, en que el accionista, digase lo que se quiera, es impotente ante una administración que piensa primeramente en sí misma.

En cuanto al obrero, podía y debía interesarse por un trabajo que, como el de antaño podía seguirlo de cerca; pero el trabajo de una grande industria actual, en la que á menudo no hace sino un trabajo parcial y repetido, no puede ya interesarle. El interés por el trabajo vuelve cuando el obrero ve el conjunto y el objetivo suyos ante él.

Del sistema actual resulta que el interés personal en la producción desaparece, y esto es un mal, porque implica el envilecimiento del trabajo. Nosotros queremos una sociedad en que el trabajo no se deje sentir como una triste y dura necesidad, sino que sea, al contrario, la satisfacción de la necesidad natural de actividad que tiene el hombre sano. Para esto es necesario que cada hombre viva de nuevo su trabajo y se interese por él. Las proporciones, las dimensiones entrarán por mucho en esta regeneración del trabajo.

El mantenimiento de la grande industria, aun con el pretexto de economizar trabajo, separaría de nuevo el obrero de su trabajo; la indiferencia persistiría, y entonces acarrearía á la administración de cada industria el defecto de la falta de cuidado, despilfarro, etc.

Si los Sindicatos, por consiguiente, tomaran posesión de los talleres, de los instrumentos y materiales de sus oficios actuales, sería desastroso: *continuaría* simplemente el sistema que se quiere destruir; no sería más que un cambio de propietarios. En

América, en los diversos ramos de la producción, todo pasa entre las manos de los *trusts* de capitalistas; en la Francia revolucionaria sería el *trust* de los obreros; en ambos casos una pura agrupación de intereses que se coloca frente á todo el mundo.

Esto es lo que ocurre actualmente con los campesinos y con gran éxito en diversos países: inteligencia de campesinos y de grandes propietarios; los partidos agrarios son en realidad partidos de negocios que no hacen otra cosa que lo que hacen los Sindicatos, es decir, vender sus productos lo más caro posible sin ninguna consideración á los intereses generales.

Se ha tenido siempre por característica y defecto esencial del sistema social actual, que el interés personal (de personas ó de grupos, da lo mismo) pisotea el interés general (colectivo) y el primer deber de todo socialismo es poner á salvo este interés general (colectivo). De esto me parece resultar que el proyecto de una apropiación de todo por parte de los Sindicatos respectivos no se sale del terreno de la sociedad actual y se aleja del socialismo, puesto que constituiría un nuevo reparto de las riquezas sociales entre diversos grupos: de los *trusts* capitalistas pasaríamos á los *trusts* obreros.

Se me dirá que de este modo pasaríamos más aprisa á realizar lo que verdaderamente deseamos. Esto falta probarlo y discutirlo, pues también puede pensarse que este sindicalismo acaparador y monopolista nos haría tomar en horror el mundo de los esfuerzos colectivos y caeríamos en un egoísmo feroz que nos apartaría una nueva servidumbre de los débiles.

En cuanto á la *proporción* en la producción, este sistema sindical me parece que se distancia de la proporcionalidad. Si el sindicalismo llegare á esta proporción (lo cual no creo, el sentimiento sindicalista estaría tan desarrollado (por la lucha) en sus miembros, que me resulta difícil ver cómo nos trataríamos de igual á igual. Se habría creado un «patriotismo» de grupo tal, que el sentimiento de los intereses generales quedaría muy disminuido.

Si entonces, para el cambio de los productos, un oficio trata con otro, habrá siempre uno que será más fuerte y otro más débil—¿quién cederá?—ó bien cada oficio deberá tratar con una colectividad—¿cuál? el Municipio,—pero será una colectividad local bien débil ante el oficio; ¿qué podrá, por ejemplo, un municipio cualquiera contra el grupo inmenso que representaría los mineros? ¿Entonces los municipios se verían obligados á federarse y á tratar colectivamente con las grandes corporaciones de productores? Esto sería lo mismo que pasa ahora: el Estado (llamado lo que queráis), la colectividad, frente á los sindicatos, es decir, sería la lucha.

De igual modo un sistema así haría difícil una producción más *económica*, que ahorra esfuerzos inútiles. Hay muchos oficios inútiles ó poco útiles en los cuales nadie pensaría si se tratase de reorganizar la producción sobre una base razonable y proporcionada, pero que si estuviesen fortificados por los sindicatos querían subsistir y sobrevivir.

No es de suponer que un sindicato (nuevo pequeño Estado con todas las particularidades del Estado) se redujese voluntariamente, porque perdería influencia; tendría, al contrario, un igual interés que ahora tienen los capitalistas que quieren vender; consideraría que sus productos son indispensables. En general, jamás un organismo así se marcha por sí solo; está, queda, tiende á desarrollarse. El Estado lo ha hecho, el sindicato haría lo mismo.

Y no obstante, el sindicato no es más en realidad que la agrupación inevitable para la lucha colectiva contra la fuerza igualmente coaligada de los patronos. Pero después de la victoria su razón de ser cesa, como la de un ejército después de una guerra. Ahora bien, vemos actualmente que los ejércitos no desaparecen después de la guerra, que siempre hay el pretexto de una guerra futura posible para no tener que desaparecer. Y los sindicatos tampoco se marcharían para ceder el sitio á las agrupaciones libres que por el ensayo y la experimentación procurarían hallar las verdaderas proporciones esenciales á todo organismo.

Recientemente se ha hablado de esta similitud con los ejércitos. A menudo pienso yo en este hecho: al lado de la Revolución francesa que soñaba con la felicidad común para todos (como hoy se sueña con el socialismo y la anarquía), crecían los ejércitos de la Revolución que, ciertamente, salvaron á ésta de la invasión y de la derrota, y que en esto fueron muy útiles (como el sindicalismo lo es para la defensa de los obreros contra el patronato). Pero poco á poco los ejércitos obraron por sí mismos; hicieron la guerra de conquistas ricas, y Francia dejélos hacer. Inevitablemente llegó un momento en que el ejército, en la persona de uno de sus jefes (de no haber sido Napoleón habría sido Pichegru, Moreau ú otro), extendió y puso su mano sobre el país estableciendo su dictadura y estranguló la Revolución.

La apropiación de las riquezas *sociales* por los Sindicatos *individuales* sería un golpe de Estado parecido al que dejó citado, sería la extrangulación de todo el socialismo. Y parece que estamos marchando alegremente hacia ese desastre, de igual modo que durante la Revolución estaban tan contentos en Francia de tener la fuerza creciente de los ejércitos, hasta el momento en que éstos clavaron sus garras en el cuello del país.

Y es curioso y causa tristeza ver á los adversarios encarnizados del militarismo galoneado cómo se dirigen hacia este nuevo militarismo civil.

En suma, quería decir dos cosas: que la apropiación por parte de los Sindicatos es la negación del socialismo, y que para reorganizar la producción y el consumo, es necesario, ante todo, tener en cuenta las *proporciones*.

Esta organización requiere la plena libertad, la libertad de ensayo y de experiencia, tal como existe en ciencia, lo que quiere decir que esto no es posible sino con la *anarquía*, y que se trata, por consiguiente, de *generalizar* esta libertad que la ciencia, el arte y el pensamiento han conquistado ya, y de obrar como ella sobre el campo político y social.

Los Sindicatos tienen su importancia para eliminar á los patronos, etc., por medio de grandes golpes de mano. Pero después de la lucha deberían disolverse y juntarse á los organismos libres (cooperativas de producción, etc.) ya creados ó en vías de formación. Dejarse absorber por los sindicatos sería un verdadero desastre. Ahora más que nunca hay que trabajar por la anarquía.

M. NETTLAU

Temps Nouveaux, Paris, 15 mayo 1909.

Aviso interesante

Tengan presente para lo sucesivo cuantos se relacionen con TIERRA Y LIBERTAD que el grupo editor ha acordado no firmar con nombre alguno personal ninguna carta de las que en nombre del periódico haya de escribir por asuntos de redacción ó administración, poniendo en su lugar los dos sellos, el del periódico y el del grupo editor «4 de Mayo». Dicho se está que si falta alguno de los dos sellos la carta debe considerarse apócrifa.

Así mismo, rogamos á los compañeros que, en tanto que les sea posible, escriban, aunque dentro del mismo sobre, en un trozo de papel lo que sea de administración como es lo referente á paquetes, suscripción, rifa, envío de dinero para pago de papel, folletos, etc., y en otro trozo de papel lo que se refiera á original, consultas, iniciativas, etcétera, poniendo el sobre al Administrador ó al Director de TIERRA Y LIBERTAD, Arco San Pablo, 8, 1.º, pero nunca á nombre personal alguno.